

realistas, de cuyas opiniones participaba, y con su acostumbrada amabilidad no replicó nada de cuanto le decían, se adhirió á las ideas que se emitían ante él, se limitó á aconsejar á todos que tuvieran paciencia, y en cuanto á la manifestación más significativa que podía hacer no dejó de tomar el partido más lamentable. No quiso recibir al obispo, y este desaire á la autoridad religiosa produjo una vivísima impresión en todos los ánimos, y propagó las divisiones que comenzaban á iniciarse en el clero.

Habiendo hallado el conde de Artois á Dijón en una situación tristísima, al abandonar esta capital la dejó peor que estaba, y se trasladó á Lyon. Esta grande ciudad, entonces la más importante del reino después de París, era de las que más complicada presentaban su situación. Al lado de los antiguos realistas, preocupados con el recuerdo del sitio de 1793, odiando la revolución y sus efectos, y reunidos con exaltación bajo la dirección de su antiguo comandante, Mr. de Precy, se veía una opulenta clase de comerciantes y fabricantes, extraños por su edad á los recuerdos de 1793, agradecidos á todo cuanto Napoleón había hecho para mitigar las desgracias de su ciudad, y sobre todo para favorecer al comercio que bajo su reinado había alcanzado un desarrollo inmenso. La guerra marítima que había arruinado á Nantes, á Burdeos y á Marsella, había por el contrario enriquecido á Lyon. Esta ciudad, situada sobre el Saona y el Ródano, en el lazo de unión de todas las comunicaciones fluviales con la Alemania, la Suiza, la Italia y la España, había llegado á ser el centro más vasto y más activo de todos los negocios. La posesión de Italia, la facultad de sacar de ella las sedas en rama á bajos precios, la facilidad de exportar ricas telas á todo el continente, los considerables pedidos que le hacían para los palacios imperiales, eran ventajas que Lyon había apreciado en todo su valor y que veía disminuirse palpablemente desde que se habían libertado los mares. Lo que la navegación fluvial perdía, lo ganaba la marítima, y al mismo tiempo los ingleses, tan dueños de la Italia como los austriacos, encarecían las sedas en rama para trabajarla por sí mismos. A estos disgustos se reunían las exacciones cometidas por los austriacos y que hacían recaer injustamente sobre los Borbones; y después de saber esto, fácilmente se comprenderán los motivos diversos que hacían indiferente sino hostil á la causa real á la clase de comerciantes lioneses, la más rica y más influyente del país. El pueblo, imitando estas divisiones, estaba siempre separado. Una parte de él, poco numerosa, pero muy ardiente, se había unido á los realistas: el resto profesaba en masa las ideas del partido contrario. Los realistas se reunían en un café, que se hizo notable por los acalorados discursos que se pronunciaban en él y porque de él salían algunas veces para ir á provocar á sus adversarios, los que se acobardaban á pesar de ser más numerosos. El alcalde-corregidor, hombre de buen carácter, honrado realista por su nacimiento y sus relaciones, se dejó llevar por la corriente de las pasiones lionesas y se puso en pugna con el prefecto, Mr. de Bondy, quien se esforzaba en vano por contener el desorden. Este prefecto, animado de la mejor intención, se vio reducido á luchar solo contra los partidos extremos, porque no encontraba ningún apoyo ni en Mr. de Precy, jefe de la milicia nacional, ni en el mariscal Augereau, co-

mandante de la división militar. Este último, desprestigiado entre las tropas y nada querido de la gran masa de la población por no haber sabido defender á Lyon de los austriacos, despreciado al mismo tiempo por su famosa proclama, carecía de influencia y era incapaz de conciliar á las autoridades locales y darlas una misma dirección que fuese á un tiempo firme y provechosa.

En medio de este volcán fué donde el conde de Artois llegó á arrojar nuevos combustibles. Su llegada excitó la más viva emoción. El precursor de la legitimidad como le llamaban entonces, el hermano del rey, y según los realistas puros, el verdadero rey, debía ser acogido con entusiasmo. El comandante de la milicia nacional, Mr. de Precy, y el alcalde corregidor, Mr. de Albón, rodeados de los hombres más ardientes, salieron á recibirle á las puertas de Lyon, y en su presencia prestaron el juramento en nombre de toda la población de pertenecer para siempre á los Borbones. Los concurrentes á este acto, con sus aclamaciones y poseídos de la mejor buena fe, confirmaron este compromiso. En seguida hicieron al príncipe atravesar por los principales barrios de la ciudad, y deteniéndose en todas las plazas, las autoridades municipales renovaron postradas de rodillas el juramento de no pertenecer jamás á otra dinastía que á la de los Borbones. De esta manera fué conducido el príncipe al palacio en donde debía residir. En los días siguientes le enseñaron los establecimientos públicos, le condujeron á las casas de varios fabricantes que se mostraron satisfechos por esta distinción, convirtiéndose durante las visitas en excelentes realistas; después le hicieron ver los estragos que había causado el sitio, estragos que Napoleón había procurado reparar, y de los que sólo un escaso número podía contarse; y por último le presentaron á todos cuantos habitaban en la ciudad y habían asistido al memorable sitio ó habían recibido alguna herida ó sufrido las consecuencias de este inolvidable acontecimiento. Mr. de Precy fué su introductor y á nadie como á él correspondía el desempeño de este papel. El príncipe estrechó entre sus brazos á aquellos valientes hombres, los trató con su cordialidad ordinaria, dió á muchos de ellos la cruz de San Luis, y después colocó la primera piedra de un monumento destinado á perpetuar el recuerdo de la resistencia que la ciudad de Lyon había opuesto á la Convención nacional en 1793. Ningún gobierno había ofrecido olvidar lo pasado con más insistencia que el de Luis XVIII, y á pesar de esto, ninguno había habido que lo recordase más que él. El conde de Artois, nacido para agradar y sobre todo á los que participaban de sus ideas, logró á los pocos días de su estancia en Lyon captarse todas las voluntades é inflamó las pasiones que hubiera debido por su bien apagar. No había tratado mal ni al prefecto ni al mariscal Augereau, porque era incapaz de mostrarse con nadie descortés, pero tampoco les dió ninguna fuerza. Por el contrario, mostrándose expresivo con el alcalde-corregidor, con Mr. de Precy y con alguno de sus amigos, les dió á todos que era verdad que se había concedido mucho á la revolución, pero que era preciso tener paciencia, que con el tiempo el rey haría todas las reparaciones que pudiese, debiéndose manifestar prudentes entretanto para no dar pretexto contra ellos á sus adversarios. Al mismo tiempo que daba estos consejos, era el primero en desoír los avisos de la prudencia. Habiendo acudido á

visitarle los prefectos de los alrededores de Lyon, dijo á uno de ellos, antiguo servidor del imperio é hijo de noble cuna: «Y bien, mi querido prefecto, ¿qué creéis que se debe hacer respecto de los bienes nacionales? ¿Pensáis que se podrían devolver á sus dueños?» El prefecto contestó que si se quería provocar instantáneamente una revolución de las más violentas, no habría más que hacer sino dejar traslucir ideas semejantes á la que acababa de manifestarle S. A. Al oírle, conoció el príncipe que no había estado acertado á escogerle para confidente, se apresuró á enmendar lo que había dicho, lo explicó como mejor pudo, pero por esto se puede comprender cómo hablaría á los que participaban de sus opiniones.

El conde de Artois dejó á la ciudad de Lyon en un estado de exaltación extraordinario y más violentamente dividida que nunca. En Valence consintió una manifestación que produjo un deplorable efecto. Le obsequiaron con una comida que se sirvió en muchas mesas para que pudiera asistir á ella una multitud de convidados, entre los que se hallaban los miembros del consejo del departamento. Uno de ellos, rico y muy considerado, era hijo de un habitante que en otro tiempo había tenido la debilidad de firmar una de las numerosas denuncias enviadas á la Convención después de muerto Luis XVI. La maledicencia local procuró resucitar este recuerdo y hacerle llegar á conocimiento de los que rodeaban al príncipe.

Algunos de los oficiales que le acompañaban, sentados á la mesa en donde debía ocupar un puesto el hijo del firmante, se levantaron al verle, y se separaron de él con la mayor afectación. Esto dió motivo á un rumor contra él, tal que no tardó en llegar á oídos de todos.

El príncipe pasó por Avignón, donde se mostró del mismo modo que en las anteriores ciudades, y llegó por fin á Marsella, donde se le esperaba con la mayor impaciencia.

Esta gran ciudad, reina en otro tiempo del Mediterráneo, que había perdido su cetro, recuperándole después, pero no por los medios que había deseado poner en juego, tenía muchas razones para odiar á la revolución y al imperio, porque con una y otra había perdido no sólo su prosperidad, sino hasta su pan cotidiano. En el espacio de veinticinco años había visto varados en sus malecones más de trescientos buques mercantes, pudiéndose sin cambiar de puesto (1), sin que entrase en su puerto ningún barco cargado de trigo ó de azúcar más que muy de tarde en tarde, y esto cuando por un milagro no lo capturaba el enemigo. Los ingleses habían apresado algunos hasta bajo el fuego de los fuertes, y esta infortunada ciudad había caído en una espantosa miseria, y sufría de tal manera que se hubiera revolucionado seguramente si un prefecto enérgico, el conde

(1) Nacido y educado en Marsella, aún recuerdan mis ojos este espectáculo, y me parece ver aquella serie de navíos inmóviles, colocados en muchas líneas, desde el sitio que se llama la plaza de la *Cannibiere* hasta el fuerte de San Juan. Niño entonces, y conducido frecuentemente á los malecones, me acostumbré á ver estos navíos y sabía sus nombres, y me acordaba de su figura como se acuerda uno de las casas de una calle que está acostumbrado á frecuentar. Jamás vi un solo navío fuera de su puesto durante los últimos años del imperio; así es que su caída produjo una alegría tan grande, que no la he presenciado después igual en ningún tiempo ni en ninguna otra circunstancia. (N. del A.)

Thibaudeau, no la hubiera contenido con una mano de hierro. La sola distracción que se ofrecía de cuando en cuando á su miseria era el incendio de las mercancías inglesas, que se cogían y se quemaban en una de las principales plazas de la ciudad, á presencia de un pueblo que se moría de hambre, y que veía consumirse en pocas horas riquezas con las que hubiera podido vivir. Con este motivo, el día de la caída de Napoleón y de la vuelta á Francia de los Borbones experimentó una loca alegría, un júbilo del que ninguna descripción puede dar idea. Pero las alegrías pasan pronto, porque generalmente son hijas de esas ilusiones que nos hacen creer y esperar felicidades imposibles. Marsella no tardó en ver desaparecer del patrimonio francés á la isla de Francia con la que sus negociantes sostenían numerosas relaciones, y de resultas de esto se mostró tan encolerizada y furiosa contra los ingleses que llegó hasta el punto de no consentir que se presentase ninguno de ellos en su puerto. Además vió que las colonias que nos devolvían estaban llenas de productos europeos y exhaustas de productos coloniales; que todas sus relaciones comerciales habían cambiado; que la España atravesaba una época de desorden; que el Mediterráneo se hallaba en poder de los ingleses y de los griegos; que su puerto, en otro tiempo *puerto franco*, estaba rodeado de las aduanas imperiales, y por último que habían sido confirmados y mantenidos los derechos reunidos, á los que achacaba una gran parte de sus sufrimientos. Por todos estos motivos, no tardó en enfriarse su alegría, y buscó con amargura la causa de sus decepciones. Marsella ignoraba entonces que no tardaría en desarrollarse alrededor de sus muros una inmensa industria manufacturera, que un nuevo imperio conquistado para la Francia, que un renacimiento general de los puertos del Mediterráneo harían de ella la reina de los mares meridionales, reina mucho más rica de lo que había sido; y como tantas otras, buscaba en el pasado, en vez de buscarla en el porvenir, su perdida corona. Se figuraba que había debido su prosperidad á la *franquicia de su puerto*, franquicia ó libertad que consistía en recibir sin inspección y sin pagar derechos las mercancías de todo el mundo, las cuales no sufrían la aplicación de las tarifas sino á dos leguas de sus muros, como si la línea de las aduanas, colocada á una distancia de dos leguas, hubiera podido cambiar su suerte y devolverla relaciones con las que ya no podía contar!

Un depósito puede facilitar relaciones comerciales, pero no crearlas. Hamburgo, que es una de las ciudades comerciales más importantes del globo, debe su esplendor, no á la franquicia de su puerto, sino al Elba, que pone en comunicación el comercio de Alemania con el resto del mundo. Pobre emigrada, á quien sus recuerdos volvían loca, Marsella no respiraba más que para alcanzar lo que llamaba su *puerto franco*, y se figuraba que á este precio la restauración de los Borbones sería para ella el más grande de los beneficios que podía obtener, un beneficio como el que había imaginado en sus ensueños.

La llegada del conde de Artois despertó todas sus ilusiones de los primeros días, y le acogió con entusiasmo, haciéndole oír los más extravagantes discursos que había escuchado en su viaje. Le dijo que quería al rey, al verdadero rey, al rey absoluto, libre de trabas, pudiendo hacer el bien á sus súbditos, sin que los estorbos

suscitados por los revolucionarios pudiesen impedirselo, es decir, sin que las personas razonables pudiesen presentar ninguna objeción contra la franquicia del puerto de Marsella. El príncipe oyó además vehementes declaraciones á propósito de los derechos reunidos, y conduciéndose como en los demás parajes que había visitado, respondió á los marseleses que estaba de acuerdo con sus deseos, que tenían razón en lo que decían, y que creía poder ofrecerles una próxima reparación, pero que era preciso que tuviesen paciencia y dejaran al rey el tiempo suficiente para poder hacer el bien. Se gozaba tanto al verle, se experimentaba tanta dicha al estrechar su mano, que los marseleses confiaron en sus palabras, y con esta favorable disposición le ofrecieron brillantísimas fiestas. En ocasiones semejantes á la que describimos, las ciudades ostentan todo lo bueno que poseen. Marsella enseñó su dársena, que no era entonces ni con mucho lo que ha llegado á ser después; dió en ella brillantes ejercicios náuticos, y en uno de estos días de júbilo, al comenzar la noche, hizo aparecer sobre una montaña de las que dominan el puerto una especie de volcán por medio de un millar de barriles llenos de materias inflamables. El alcalde corregidor dijo al conde de Artois que el espectáculo que tenía ante sus ojos no era más que una débil imagen de los ardientes sentimientos que abrigaban los marseleses, y después le llevaron al principal teatro de la ciudad. Allí tuvo lugar una verdadera escena de delirio. El príncipe había escrito al rey pidiéndole que declarase franco el puerto de Marsella, y aunque este deseo fué muy combatido por el consejo real, Luis XVIII le respondió diciéndole que esperaba no tardar mucho en conseguir su petición, obligando á sus ministros á concederla. El príncipe entonces, dando por hecho lo que aún estaba por hacer, anunció en pleno teatro la franquicia del puerto como una cosa decidida, y el alcalde-corregidor, cayendo de rodillas ante él, le besó la mano en nombre de toda la población marselesa. Los espectadores se levantaron ocho ó diez veces de sus asientos, lanzando gritos de alegría y de gratitud.

Después de pasar algunos días en medio de una población delirante, el conde de Artois repitió á los marseleses lo que había dicho á los habitantes de Lyon, de Borgoña y de Champaña: que los días que había vivido á su lado habían sido los más felices de su vida. Hecha esta confesión, abandonó á Marsella para dirigirse á Tolón; después, retrocediendo de camino, atravesó por Nimes, donde hubiera podido ser muy útil, conteniendo á los católicos y calmando á los protestantes, pero donde nada de esto hizo; se encaminó á Grenoble, donde fué calurosamente recibido por el partido realista, poco numeroso pero ardiente, y llegó por fin al Franco Condado.

En Besanzón exigía el estado en que se hallaban los partidos la conducta más prudente y resuelta. Una nobleza orgullosa, llena de preocupaciones, teniendo por prefecto á un noble del país, que excitaba las pasiones en vez de sofocarlas, había indispuerto en gran manera á la masa de los habitantes. Una circunstancia especial agravaba este estado de cosas. En aquella capital era donde se hallaba el arzobispo Lecoz. Este prelado, de quien ya hemos hecho mención, antiguo constitucional, personaje muy respetable pero muy obstinado, había

dado asilo á los sacerdotes juramentados, y por lo demás no había hasta entonces inspirado ningún sentimiento su elección ni á las autoridades temporales ni á las espirituales. Cuando cayó el imperio y subieron al poder los Borbones, la parte del clero conocida por la *pequeña Iglesia* le hizo el blanco de todas sus cóleras, la nobleza local siguió el mismo ejemplo, el prefecto atizó el fuego, y de todo esto resultó una especie de guerra religiosa que, aunque no hacía uso de las armas, causaba una agitación visible y deplorable en todos los ánimos. El prefecto y los hombres de su partido decían públicamente que el príncipe, á su paso por Besanzón, no recibiría al arzobispo, y á esto contestaba el prelado con su entereza ordinaria que no daría lugar á semejante desaire, porque no se presentaría á visitar al conde de Artois. Ofendido el prefecto de tanto atrevimiento, declaró que si el arzobispo cumplía su palabra, él cumpliría la suya y le haría arrestar. Tales eran las frases que cambiaban en Besanzón la autoridad civil y la religiosa, teniendo ambas por confidente á todo el país, que escuchaba y repetía estas provocaciones.

El conde de Artois hubiera podido en aquella ocasión haber dado un paso tan útil como sensato, desmintiendo con su conducta las palabras de un prefecto imprudente, y aceptando del prelado unas relaciones oficiales al menos, relaciones que debían subsistir hasta la revocación del Concordato, y que por otra parte eran la consecuencia natural de la carta escrita por el abate de Montesquiou al obispo de la Rochela; pero desgraciadamente no podía esperarse que observara semejante conducta. Llegado á Besanzón en medio de las vivas demostraciones de los ultra-realistas, no fué á la catedral, temeroso de encontrar en ella al arzobispo, y al mismo tiempo, para evitar que fuese á verle, le mandó á decir que no quería recibirle. El prefecto se encargó de transmitir oficiosamente esta comunicación al prelado, y éste á su vez, tan obstinado como sus adversarios eran inconvenientes, pidió al prefecto que le escribiera lo que le decía, porque en aquel caso debía saber tomar á su cargo la responsabilidad de todos sus actos. El prefecto, no menos extravagante que su partido, cumplió el deseo del arzobispo, y no pudiéndose contener, envió al jefe de la gendarmería á completar el escándalo. Este jefe, valiente oficial, poseído de los excelentes sentimientos de su cuerpo, que en todo tiempo ha llenado admirablemente sus deberes, fué al palacio del arzobispo, le manifestó su pesar, y le suplicó que no saliese de sus habitaciones mientras que el príncipe permaneciese en Besanzón, haciéndole comprender que tenía encargo de emplear la fuerza para impedirle hacer lo contrario. El prelado se sometió y no salió del palacio episcopal, pero escribió inmediatamente á París y resolvió denunciar á las cámaras un proceder tan escandaloso. El efecto que su arresto produjo fué inmenso, y el clero presentó dos campos enemigos, detrás de los cuales se hallaba la población entera, aunque desigualmente dividida, porque la mayor parte se pronunció contra la nobleza y el clero que suscitaban tormentas semejantes.

El conde de Artois, siempre muy festejado por los suyos, se dirigió desde Besanzón á París, después de haber agradado con su amabilidad á todos los que no había lastimado con sus imprudencias; de haber prodigado cruces, las de la Flor de Lis á millares, las de la

Legión de Honor y de San Luis á cientos; de haber dejado más agitados de lo que estaban anteriormente los países que había recorrido, y de no haber, como su hijo, el duque de Angulema, dado algunos buenos consejos en su viaje. El hermano del rey se halló de vuelta en París á fines de octubre.

En vez de redoblar su paciencia para vencer las inclinaciones que le manifestaban sus contrarios, se encolezaba contra las dificultades, y particularmente en su último viaje se dejó llevar de sus accesos de ira, y la maledicencia pública fijándose en ellos los exageraba, los refería en todas partes, y logró producir el mismo



El duque de Berry

Durante este tiempo, su segundo hijo, el duque de Berry, emprendió un viaje completamente militar, con el fin de visitar las fronteras. Estuvo en Maubeuge, en Givet, en Metz, en Nancy, en Estrasburgo, en Colmar, en Huningue, en Belfort, y volvió á París por Langres. Su principal cuidado fué el de inspeccionar las tropas, hacerlas maniobrar, entregarles nuevas banderas y distribuir las condecoraciones; y ni las halló, ni consiguió dejarlas contentas. Este príncipe, de pequeña estatura y queriendo imitar el continente de Napoleón, no desagradó al ejército en los primeros días de la restauración; pero ya sea por la imposibilidad de triunfar de las disposiciones hostiles de los militares, ó ya por los desaciertos del gobierno ó por los suyos propios, lo cierto es que comenzó á perder el terreno que había ganado.

efecto que causaron las imprudencias políticas y religiosas de su padre.

Los príncipes no consiguieron, pues, con sus viajes hacer todo el bien que se esperaba, por más que provocasen con su presencia grandes y entusiastas aclamaciones. Para que sus viajes hubiesen sido verdaderamente útiles, hubiera sido necesario, como ya hemos expuesto, la existencia de un gobierno comedido en sus miras, firme en sus voluntades, animado del espíritu que presidía á las cámaras, espíritu liberal y moderado á un tiempo; y que los príncipes, fieles intérpretes de este gobierno, hubiesen dicho en todas partes á sus amigos, lo que éstos se negaban á creer, que la Carta era un documento formal, del cual debían deducirse todas las consecuencias.

Con un gobierno semejante en París, y con príncipes que fuesen sus órganos en las provincias, se hubiera podido calmar á los amigos exaltados, atraerse á los que separaban de sí y con éstos contener al ejército, cuyo descontento no hubiera sido entonces un mal sin remedio. Pero un gobierno como el que bosquejamos, ya lo hemos visto, no existía. Un rey moderado, pero indiferente, no molestando á los ministros en sus actos, no impidiendo ni á su hermano ni á sus sobrinos que cometieran desaciertos; príncipes divergentes en su manera de obrar; el uno, el duque de Angulema, juicioso pero poco elocuente; el otro, el conde de Artois, amable, pero deseando mezclarse en todos los asuntos; un tercero, el duque de Berry, de talento y bastante militar, pero sin carácter, acariciando unas veces al ejército y ofendiéndole otras, y no sabiendo ni respetarle ni hacerse respetar por él; ministros sin jefe, sin sistema, avanzando ó retrocediendo ante las cámaras con excepción de uno solo; todo este conjunto no era un gobierno, era un partido que estaba en el poder y un partido en el poder es como un niño malo á quien se deja andar con pólvora!

La situación se empeoró durante los meses de septiembre y octubre, que emplearon los príncipes en sus viajes. Diversas medidas, consecuencia necesaria de los impulsos á que se habían abandonado, produjeron un efecto extremadamente desfavorable y encontraron en las cámaras una resistencia ante la cual debían retroceder. El ministro de la Guerra, reducido por los gastos intempestivos que se habían cargado á su ministerio á hacer economías en todos los ramos de su dependencia, trató de ganar dos millones en la cantidad destinada para la administración de los inválidos. Nuestras guerras sin ejemplo habían multiplicado prodigiosamente el número de soldados heridos é indigentes, y había sido preciso establecer para ellos sucursales en Arrás y Avignón. El ministro proyectó desembarazarse de los inválidos que no eran franceses, concediéndoles de una sola vez una indemnización, y enviar á sus casas á una parte de los franceses, señalándoles una pensión anual de doscientos cincuenta francos.

Creyó que esta pensión les bastaría para vivir en sus aldeas, mientras que en París, en el Hotel Real de los inválidos, los gastos de cada individuo ascendían á setecientos francos. La economía no era dudosa, pero esta medida pareció inhumana, puesto que doscientos cincuenta francos no eran bastantes para sostener á hombres que en su mayor parte carecían de familia, y con este motivo se dijo que se expulsaba de su asilo á soldados mutilados por servir al país, al mismo tiempo que se prodigaban socorros y hasta grados á los que habían empleado sus armas contra la Francia. Con efecto, existía una comisión nombrada para liquidar los atrasos del ejército de Condé y para dispensar socorros á los antiguos soldados vandeos. Otra medida, tan mal dispuesta como la concerniente á los inválidos, excitó un disgusto semejante.

Fué preciso ocuparse de la cuestión de intereses relativos á la Legión de Honor. Su dotación, convertida en rentas, no era suficiente para satisfacer á los condecorados por Napoleón en la última guerra. Es verdad que se decidió que las cruces que se dieran después de la paz no obtendrían pensión hasta que los recursos de la

institución permitiesen pagarlas; pero era preciso atender á los gastos que ocasionaban los establecimientos destinados á dar asilo á las hijas de los militares pobres. Era preciso sostener la casa de Saint-Denis, la de Ecouén y además otras secundarias, entre las que se hallaban dos conocidas con los nombres de *les Barbeaux* y *les Loges*. Estaban llenas de jóvenes, la mayor parte huérfanas á causa de nuestras dilatadas guerras, y se concibió el desgraciado pensamiento de suprimir tres, las dos de que hemos hablado últimamente y la de Ecouén, dando como á los inválidos una pensión de doscientos y cincuenta francos anuales á las jóvenes expulsadas de sus asilos. Una circunstancia complicó la cuestión: tal fué la de que el establecimiento de Ecouén pertenecía á los príncipes de Condé, lo que hizo fácilmente suponer que, por devolver el edificio á sus antiguos dueños, se arrojaba á la calle á las huérfanas del ejército, cuyos padres habían sucumbido al servicio de la Francia. Al saber esta noticia, los militares ya conmovidos se conmovieron más, é hicieron al público partícipe de su emoción en favor de aquellas pobres criaturas que no podían vivir con doscientos y cincuenta francos, y de las cuales había algunas que no tenían padre ni madre. Los mariscales se interesaron vivamente en su favor, y Macdonald llevó sus reclamaciones á la cámara de los pares, de la que era miembro, y al pie del trono, adonde le era fácil llegar.

Por último, un desacertado pensamiento del ministro de la Guerra, respecto de las escuelas militares, completó este conjunto de medidas descontentadizas. Queriendo refundir en una sola las tres escuelas militares de Saint-Cyr, Saint-Germain y la Fleche, para darlas, según decía, más unidad y para hacer *disfrutar á la nobleza del reino de las ventajas que la concedía el edicto de enero de 1751*, el ministro acordó por medio de un real decreto la reunión de las tres escuelas en una sola que debía ser la de Saint-Cyr. El texto del decreto parecía anunciar la intención de separar de las escuelas militares á la clase media, para introducir en ellas exclusivamente á la nobleza, que desde entonces sería la única que pudiese seguir la carrera de las armas como había sido costumbre en otro tiempo.

Sería muy difícil explicar el efecto que estas diversas medidas causaron en los ánimos. Por más que hubiese mucha exageración en todo lo que por entonces dijo el público descontento y repitieron los periódicos que le servían de órgano, era evidente, sin embargo, que para atenderse á los gastos intempestivos, tales como el establecimiento de la servidumbre militar del rey ó la liquidación de las pensiones á los oficiales emigrados, se habían aumentado las miserias del ejército, y se abrigaba el proyecto de restablecer el antiguo orden de cosas en el que la nobleza disfrutaba, con exclusión de las demás clases de la sociedad, de los grados militares.

Las reclamaciones salieron de todas las bocas á un tiempo, y se dirigieron á las dos cámaras numerosas peticiones. La de los diputados quiso oír inmediatamente el informe sobre aquellas cuestiones, y á pesar de la oposición de una minoría consagrada por completo á la emigración, á pesar de la imprudencia de otra minoría favorable al partido contrario, culpó al gobierno y le remitió las peticiones de que se trataba con la invitación, dulcificada en su forma pero positiva en el

fondo, de revocar los actos denunciados. Con este motivo fué preciso declarar que la cita del edicto de 1751 no concedería preferencia alguna á la nobleza en la admisión de alumnos por las escuelas militares, disponer que las sucursales de los inválidos serían conservadas hasta la extinción de los militares que las ocupaban, que no los enviarían con pensiones á sus casas sino cuando lo solicitasen, que la misma regla se observaría con las huérfanas de condecorados con la Legión de Honor, y que se volverían á abrir las casas de *les Barbeaux* y de *les Loges*, para las jóvenes que no quisiesen ó no pudiesen retirarse al seno de sus familias.

Las cámaras, aunque muy moderadas y sinceramente realistas, estaban siempre dispuestas á contener al poder cuando se dejaba resbalar por una pendiente escabrosa, y hubiera sido de desear que confiándose á ellas no hubieran buscado en otra parte los partidos su satisfacción y seguridad. Pero las pasiones irritadas necesitan algo más que la justicia, necesitan la venganza, y para conseguirla emplean todos los medios posibles. Los oficiales de reemplazo, acumulados en la capital, los unos frecuentando los salones de París y los otros acudiendo á todos los sitios públicos, usaban cada día un lenguaje más violento y más provocativo. Instigado el gobierno con su audacia, empleaba para librarse de sus tiros rigores inevitables, y de excitación en excitación llegó á declararse una guerra abierta, que comenzando por palabras podía desgraciadamente concluir por actos violentos.

Murat, gracias á su defección, había conservado hasta entonces el cetro de Nápoles. Su presencia en el trono de la baja Italia agitaba no solamente á los italianos sino á los Borbones de España y Francia, que pedían su caída al congreso de Viena. Las policías rivales, de las cuales una pertenecía al conde de Artois, difundiendo la desconfianza y propalando invenciones, se figuraban que la agitación de los ánimos no provenía de las faltas cometidas por el gobierno, sino de la acción de los partidos hostiles. Excitado por estos hombres, buscaba el gobierno, sin creerse como era la verdadera causa; buscaba, decimos, el motivo del mal, y se juzgó que Murat y Napoleón, recientemente reconciliados y siendo dueños de tesoros considerables, empleaban sus medios en sostener la inquietud y la agitación de los militares y de los funcionarios sin empleo.

Un inglés, romántico como muchos de sus compatriotas, lord Oxford, apasionado de los Bonapartes á pesar del sentimiento contrario que dominaba á los hombres de su país, atravesó á París con dirección á Italia, y se le creyó portador de la correspondencia secreta que sostenían los militares descontentos con el rey de Nápoles y el desterrado de la isla de Elba. El gobierno se avistó con el embajador de Inglaterra, y de acuerdo dispusieron su arresto, no para detenerle en su viaje, sino para apoderarse de sus papeles, los que, después de ser inspeccionados, causaron, vista su insignificancia, una sorpresa que no hubieran llegado á experimentar si hubieran conservado alguna calma. El documento más culpable que se encontró emanaba del general Exelmáns, y el crimen cuyo secreto encerraba era, como vamos á ver, muy insignificante. Habiendo oído decir el general Exelmáns que las potencias se proponían dirigir contra Murat uno de los ejércitos co-

ligados, escribía á este príncipe, á cuyas órdenes había servido, recibiendo de su mano inmensos beneficios, que muchos oficiales, entre los que él se hallaba, irían á ofrecerle su espada si el trono de Nápoles se encontraba en peligro. Por lo demás, ni una sola palabra le decía contra los Borbones de Francia, ni le revelaba ningún proyecto dirigido contra su gobierno.

Esta carta, aunque no contenía nada de lo que se había supuesto, excitó en el rey y en los príncipes una extremada irritación. Se quiso castigar en el general Exelmáns todos los complots imaginarios de los que no tenían la menor prueba, obstinándose, á pesar de esto, en creerlos ciertos. Resolvieron, pues, instruirle causa por haber mantenido relaciones con los enemigos exteriores del Estado, delito más grave en él que en ningún otro, por ser un oficial en activo servicio. El ministro de la Guerra, general Dupont, aunque era débil con frecuencia, en aquella ocasión se mostró fuerte, obrando con prudencia y dignidad. Hizo notar que el rey de Nápoles estaba reconocido todavía por los soberanos de Europa; que la Francia, por más que desease y solicitase del congreso de Viena su caída, no estaba en guerra abierta con él; que los súbditos franceses podían, sin ser culpables de sostener relaciones criminales, ofrecerle su espada; que no habría un solo tribunal que acriminase la carta del general Exelmáns, y que únicamente podía acusársele de haber cometido una indiscreción por escribir del modo que había escrito á la corte de Nápoles, hallándose en activo servicio, y no ignorando los sentimientos de la corte de Francia; pero que aun en este caso sólo podía dársele una reprobación y nada más. Por más que participase de la irritación de los príncipes contra el general Exelmáns, el rey acabó por comprender las razones alegadas por el ministro de la Guerra y por aceptar la reprobación como la más grande de las penas que debía imponer. En consecuencia de esto, el ministro llamó al general Exelmáns, le dirigió algunas quejas, y por entonces, este asunto, destinado más tarde á producir un efecto funesto, se terminó gracias á la prudencia del general Dupont.

Los jóvenes oficiales, que ocupaban la atención de París con su presencia y con sus dichos, tuvieron noticia de lo que había pasado con el general Exelmáns, y á pesar del leve castigo que se le impuso dieron mucha importancia á este suceso. Poco después tuvieron otro motivo de incomodidad semejante al primero. El general Vandamme, oficial de relevante mérito, pero de un carácter impetuoso, profesando las opiniones revolucionarias más violentas, á propósito si no para justificar al menos para provocar toda clase de calumnias, pasaba sin serlo por el más malo de los hombres, y compartía con el mariscal Davout el odio de los enemigos de la Francia. A su regreso de las prisiones de Rusia, había sido indignamente ultrajado al pasar por Alemania, y este incidente bastó para fijar en él un interés universal. Sin hacer caso de lo ocurrido, aconsejaron al rey que si el general Vandamme se presentaba en las Tullerías, hiciese excepción con él solo de las lisonjas que prodigaba á los jefes del ejército. Apenas llegado á París, se dirigió á las Tullerías el día destinado para la recepción de los militares de su categoría, y no sólo le prohibieron la entrada en la cámara del rey, sino que hasta los guardias de corps le echaron poco menos que á la calle.